

EUROPA ANTE PALESTINA

En materia de política internacional, las palabras de la Unión Europea valen tanto como ladridos de perro doméstico en la noche. Cualquier rumor los agita, la proximidad del ruido los asusta, la acción les repele y la voz de su amo los calma. Los dos portavoces españoles de la nueva Europa, falderillos de la impotencia, hablan para ofrse a sí mismos y hacerse la ilusión de que son escuchados.

Uno de ellos, el permanente, siempre consigue que su meliflua voz, tan inconsistente y ladina como su incansable soba, provoque en el que la oyó dos veces el arrepentimiento propio de los empachos vomitivos. Lo sé por desagradable experiencia. Tratándose de Solana, lo único que puede ser saludable para la propia dignidad es no volver a saludarlo. Sharon, que lo ha calado, ya ni siquiera le abre la puerta.

El otro portavoz español de la Unión Europea, el transitorio semestral, aún no se ha enterado de la liviandad de la voz que porta. Jadeante y espaciosa como la de una anciana asmática, la chasqueante palabra de Europa, detenida en cada rellano de la historia, no es el comienzo de la acción, ni el sonido final de la reflexión, sino la solemne oquedad donde resonarán con repetición insoslayable los ecos del septiembre sermón estadounidense.

Esa inusual pareja de inválidos de la paz, pereza del discurso sabido apoyada en el vicio de mentir de los secundones, viajó a Tel Aviv, sin ser invitada, y se arrastró a los pies de Sharon, para que éste le permitiera visitar y abrazar al tradicional amigo de la convivencia palestina con Israel, el admirado Premio Nobel de la Paz, Arafat. Retornó con las puertas en las narices, las orejas gachas y el cabello en copete.

Como era de esperar, en lugar de considerarse humillados, sus mandantes suspendieron las amenazas de sanción contra el nuevo enemigo de la humanidad, el hitleriano pueblo de Israel que apoya abrumadoramente a su gobierno, y decidieron respaldar la gestión del potente aliado de Sharon, sea cual sea el sentido de la misma. Es decir, apoyo incondicional de la UE a la estrategia de Estados Unidos en la zona.

El secretario del Departamento de Estado, Colin Powell, ridiculiza a la antidiplomática pareja española al declararse dispuesto a convocar una conferencia de la paz en Palestina sin la presencia en ella del pacifista Arafat, como viene pidiendo desde hace tiempo el belicista Sharon. Y el pausado presidente del Consejo de Ministros de la UE, Sr. Piqué, sin enterarse todavía de lo poco que vale el peine de Europa, se atusa el tupé para advertir al Jefe del Gobierno israelí de que si «sólo quiere reunirse con quienes le dan la razón, se va a quedar sin interlocutores muy pronto».

Cuando el ridículo sobrepasa los niveles de lo grotesco suele disimular ante los demás la falta de inteligencia que lo causa. La actuación de Piqué ante la crisis Palestina no puede haber sido más torpe ni



menos digna. Por la dignidad de lo que representa no podía visitar Israel sin asegurarse antes del trato que recibiría. Y por la inteligencia de la función que desempeña no debe ahora poner chinitas en el único sendero por donde se vislumbra el fin de la actual tragedia palestina.

En realidad, creo que ni siquiera es consciente de la gravísima falta de diplomacia y de las nefastas consecuencias que su última declaración entraña para la posibilidad de celebrar en Madrid una segunda conferencia de la paz. Si dice que Sharon sólo se reúne con quien le da la razón, está diciendo que Powell se la da y Europa se la quita. Lo que da pie a que un ministro libanés pregunte a los gobiernos árabes por el sentido que tendría una conferencia sin Arafat y sin Europa. ¿En España?

Antonio GARCÍA TREVIJANO

LOS MOSQUITOS Y EL IMPERIO

Ganaron su guerra púnica, se desplomó el imperio contrario y no les hizo falta ni sembrar de sal Moscú, como Escipión hizo con Cartago para que no retoñara ni una yerba ni otro Aníbal, sino que les bastó con llevar la coca-cola. Se quedaron solos en la cúspide del mundo, sin rival, augustos confiados e intocables. Pero como Roma con sus Mario, sus Sila o sus César, las energías republicanas de los Washington, Jefferson o Lincoln han dado paso a emperadores sin talla y sin talento y alguno como Reagan con similar categoría de actor que Neirón con la lira. El imperio tiene más poder que nunca, nadie puede vencer a sus legiones, pero la decadencia anida en su seno: Unos fanáticos armados tan sólo con un «cutter» lograron destruir sus símbolos económicos y militares, las Torres Gemelas y el Pentágono, y la segura confianza se borró para siempre de sus mentes. Y en momento tan trascendental en

véz de un César tienen un patán sin horizonte ni estrategia que un día gime y al otro manda arrasar todo lo que se mueve. Incapaz de embriar a sus propios aliados: Sharon se desmanda y destroza con su brutalidad toda su política en el mundo árabe y de reducir a sus contrarios: el golpe en Venezuela acaba por recibirlo él en su hígado petrolero y de sus dos enemigos señalados, el uno anda de cuevas y el tuerco de rallies. Las legiones del imperio llegan a cualquier lugar del mundo y aplastan al enemigo como si fueran mosquitos. Pero siempre hay un mosquito que pica y es imposible acabar con todos los mosquitos. Bush, el emperador-elefante, aún no lo sabe.

Antonio PÉREZ HENARES



los alanos del Imperio, con el ano alborotado y el colmillo babeante de sudor y de sangre, sobran todos los Mahmud del mundo. «¿Te acuerdas, Rafael? ¿Federico, te acuerdas?».

Pablo Neruda los recordaba a todos, aco-

rralados por el odio y la sinrazón, a los que desmorían su muerte reviviendo su vida, a los que esplendían de orgullo ante la dura, madura, hermosa y altiva brigada de piedra. En ella marcha Mahmud con toda su tristeza a cuestras. «En mi interminable agonía / soy el señor de la tristeza / y las lágrimas de cada chica árabe / enamorada». Son muchos los que compiten por el señorío de la tristeza. «Rey de los hidalgos / señor de los tristes / que de fuerza alientas / y de ensueños vistes / coronado de áureo yelmo de ilusión», era Alonso Quijano para Rubén Darío. Pero la tristeza de Mahmud forma parte de su corazón de exilio, de la interminable agonía de su pueblo y de su tierra. «Una interminable agonía / me transporta a una calle en los barrios / de mi infancia / me introduce en casas, corazones y espigas».

Un buen poeta no se deja ganar por la bilis negra ni se dedica a responder con sangre y odio al odio y a la sangre de sus enemigos. El pesimismo y el activismo asesino son notas definitorias del fascismo. El Imperio lo está reintroduciendo con la coartada del antiterrorismo. Aznar lo cultiva y, con el mismo pretexto, monopoliza bandera y patria para perseguir, excluir y exterminar a los que ofenden sus sentimientos nacionalistas con otros exactamente contrarios. Aquí, en el solar celtibérico, se está dibujando una opción irremediable. O República Constitucional o fascismo.

Lo dijimos Julio Anguita y yo el jueves pasado en Sevilla, entre banderas republicanas con 71 años de edad. De tanto progresar en las vías del subdesarrollo político ya estamos en la «democracia». A los poetas como Mahmud Darwich no les desalienta la pelagra fascista. «Os ha llegado el momento de partir / donde os parezca / pero no entre nosotros». La gace-la advirtiéndolo al león. Nada importa cuando el paraíso se insinúa tras el Érebo. «Dentro de poco las lágrimas se tomarán / espigas. / Niños de Babilonia / volveréis a Jerusalén / dentro de poco. / Aleluya». La destrucción de la casa y los libros de Mahmud. Aproxima esa esperanza. En este Tiempo de ceniza (mi pobre libro ninguno como si fuese un cuscú de maldad) el sentido de las cosas adquiere su más profunda completud.

Las venas que humor a tanto fuego han dado y las médulas que han gloriosamente ardido volverán a ser la ceniza con sentido y el polvo enamorado de la resurrección de la libertad. No serán posibles ni el «alto olvido» de Quevedo ni la vida desatenta de Miguel Hernández. Los niños de Babilonia volverán a Jerusalén dentro de poco. Y cosecharán el trigo del recuerdo.

Joaquín NAVARRO

